



Alonso Zamora Vicente

La vuelta de los toros

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

La vuelta de los toros

La vuelta de los toros, hacia el Banco de España, debía de ser un espectáculo importante y frecuentado. Sol amarillo del atardecer, a lo largo de la calle de Alcalá. Una plaza de Cibeles muy llena de tranvías pequeños, de jardineras con cortinillas, de calesas, de gente que cruza por todas partes y en todas direcciones. Me llevaba muchas veces de la mano Dorotea, una criada mayorcita. Ya comienzan a venir los que esperamos. Van apareciendo sin orden, sin una ley de sucesión prevista. Unos coches se adelantan a otros a todo galope en cuanto la calle se ensancha. Casi vienen huyendo de algo. Nos acercamos cautelosos al bordillo de la acera. Dan las campanadas de una hora en el reloj del Banco. Yo las cuento en voz alta. Mira, ya están ahí los toreros. Y llega, grande, creciendo paso a paso, la [30] calesa de los diestros, tirada por una yegua blanca, repleta de cascabeles, rizadas las crines. Dentro, el capote al hombro, agarrados fuertemente al barandal para sortear los vaivenes del empedrado, los toreros. Grana, amarillo, verde, oro por todas partes reluciente, brillantes, lustrosos, nadie diría que acaban de pasar una dura lucha. Ése es el Niño de la Palma, y el otro el Valencia, aquél Belmonte... Y las mujeres de la acera se sienten orgullosas de reconocerlos, como si fueran viejos amigos, y se sienten inundadas, ellas también, del flotante prestigio que nimba a los matadores. Ahí vienen los picadores, unos toreros de menor clase, en un calesín con menos adornos, sin brillos, aburridos, serios, hasta un tranvía se atraviesa y tienen que pararse. Uno viene con un ojo morado, lo habrá pisado el caballo; otro trae un brazo en cabestrillo, qué le pasará, le habrá cogido el toro, y no, hijo, a los picadores no les suele coger el toro, le habrá dado un golpe el caballo. Y yo no entiendo qué demonios hacen los caballos en los toros, y pregunto, y nada. Al echar a andar de nuevo el carricoche, alejado el tranvía, el aire quita a un picador el sombrero, se le ve por completo la calva, y: Dorotea, no es posible que haya toreros calvos. Algunos chicos grandes corren detrás de los picadores y le acercan el sombrero, los de la acera aplauden y gritan olés con mucha fuerza, casi enfadados. Más coches, más cascabeles de nuevo, con las cuadrillas soñolientas, aún traspasados de miedo. Dorotea, que debe de entender [31] mucho, dice que todavía están cagaditos, los pobres. Banderillas en lo alto, capotes, muletas, ese pañuelo blanco al cuello de los que ayudan, tan significativo. Los alguacilillos. Luego, las presidentas, cuánto han tardado en pasar, les habrán estado haciendo fotos en la puerta del Paseo de Coches. Más campanadas en el reloj del Banco. Contesta el de Correos. Vámonos, me estoy cansando, y: calla, niño, y dónde quieres que vayamos, todo está cerrado. Las presidentas juegan con los flecos de sus mantones de Manila, y se atusan las madroñeras rojas, blancas, negras. Sonríen al público, serán amigas de alguien. «Qué barbaridades dice la gente, no se dan cuenta de que hay niños delante, y cómo están los tiempos». Y yo no sé qué cosa es esa de cómo están los tiempos. Tampoco lo pregunto, porque no me harán caso, pero me aprendo la barbaridad que le han dicho a la presidenta rubia, y la repetiré en casa en cuanto lleguemos, y si no quieres que la diga, llévame a otro sitio, esto no me gusta, y... Un pescozón. Ya vienen las señoritas de al lado. Qué claveles

tan bonitos. Pues la morocha de allá tiene novio, trabaja en Bilbao y le tiene prohibido ir a los toros, pero ella, bien, bien se aprovecha, y qué guapetona va, dicen que se va a colocar en el Metro. Eso, eso, yo quiero ir al Metro, llévame al Metro, y ya inevitable otro pescozón, mientras veo entre lagrimones y mal humor, pasar en calesas sonoras de cascabeles, de gritos de cochero, a las hijas del notario de la calle Mayor, y a Susanita, la sobrina del cura, con su novio, [32] que tiene una ferretería, y hay que ver lo que debe de ganar. Las señoritas de Orús, con sus caballos ingleses, son muy amigas, muy amigas de tu hermana, mira, bobo, no llores, te han visto y se ríen de ti, también veranean en San Sebastián. (Cuando Dorotea dice también, mira muy disimuladamente a la gente que hay alrededor, la mar de ufana, qué se habrá creído, nosotros no vamos a San Sebastián). Y Paquita Pimentel, tan pecosa, va en automóvil, eso no sirve para ir a los toros, se muda de la calle Don Pedro, sí, ese caserón viejo con columnas en la puerta, a un chalet en el barrio Salamanca. Yo no sé lo que es un chalet y lo pregunto, otro pescozón, y no haces más que molestar, qué chico éste, qué impertinente, otro día no te traigo, después que está una aquí toda la santa tarde de pie derecho sólo por él, y, Dios mío, esto no es vida, una se desespera. Pasan muchos coches más, revueltos con autos y tranvías, ya es la gente, dice Dorotea, ya no debe de conocer a nadie más, y bajamos mansamente por el Prado, y me va explicando lo que son los tercios, y los quites, los pases naturales, de rodillas, largas, recortes, y las banderillas de fuego (eso debe de hacer mucho daño), y cómo brindan, y una vez en mi pueblo me brindaron un toro, mi padre metió cinco duros en el gorro del torerillo, porque era un torerillo muy maleta, éstos cobrarán más caro por brindar un toro a una señorita, y se enternece, y me aprovecho para cómprame barquillos. Ya está anocheciendo, vámonos a casa, lo más bonito es el pedir [33] la llave, que la jaca anda de medio lado, y sigue, sigue hablando, galleo, rejones, verónicas, y la oreja de oro, yo la he visto en un escaparate de la Carrera San Jerónimo, y el encierro del pueblo, al alba primeriza, lo que pasó aquella vez, qué navarras, qué faroles aquel año. Yo la escucho, no sé si la escucho, bulle-bulle de tranvías atestados, gentío, cabriolés, berlinas, carretelas, tartanas con el toldo bajo, todo regresa de los toros, mientras hundo mi mano en el pilón de la fuente de las Cuatro Estaciones, y Dorotea sigue discutiendo de toros, volapié va, volapié viene, con un soldado, uno distinto cada domingo, como los matadores.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).